NOCHE DE GATOS Y BOMBAS

No puedo, es que no puedo, ya no he podido nunca desde entonces escuchar a los gatos de enero sin taparme las orejas o esconder la cabeza debajo de las sábanas, los gatos que maúllan, maullaban, no, no, sollozaban, lloraban, plañían como saxofones, enarcados sobre el caballete de una limatesa, saltaban de un terrado a otro o se deslizaban por entre chimeneas, tendederos y canalones, mientras tú y yo, Pepet, acurrucados bajo el alero de una buhardilla, espiábamos en la sombra durante una, dos, tres, cuatro horas seguidas. Así hasta que él me susurraba de pronto *escolta noi*, porque tú sí, Pepet, tú tenías oído de cazador y habías captado la proximidad de la presa, un morrongo que se arrastraba tejas arriba, con el recelo en el fósforo de los ojos y el cuerpo flaco y negro lleno de huesecillos locos, aplastado contra la techumbre. Si, *dius be*, Pepet, ya viene uno, lo veo reptar hacia el vacío cajón de madera, vuelto del revés, que hemos instalado en la vertiente de la cubierta, sostenido en ángulo mediante el apoyo de un palo. A partir de este instante, ambos sabemos todo lo que va suceder. En el tiempo que llevamos saliendo juntos de caza, hemos capturado cuarenta y tantas piezas. Ya somos veteranos, Pepet, aunque yo todavía continúe sin percibir ese rumor de esqueleto suelto, tabas secas y vértebras que, según tú, les suena a los gatos por dentro cuando recorren en silencísimo tejados y azoteas.

La luna era cruel, lo recuerdo muy bien, maravillosamente cruel. Parada en medio de la noche, parecía un reloj de campanario al que la onda explosiva hubiese arrancado las agujas en el último bombardeo. O en el próximo, de sobra lo sabíamos tú y yo, ya que con luna llena, las calles de Barcelona presentaban

un blanco perfecto para la aviación. Daba lo mismo que hubiesen cubierto de papeles morados, como de forrar noches y libros, los cristales de las farolas, o que los vehículos circulasen con las luces apagadas: aquélla enorme luna, cruel y redonda, dejaría la ciudad convertida en una inmensa diana, y la marejada de tejados del casco antiguo, en una pesadilla de saxofones amorosos y de sombras que se llamaban, se buscaban, se perseguían. No la de nuestro gato, desde luego, que había venteado el cebo en lugar de la hembra y ya se dirigía hacia el lazo que le habíamos tendido, entre Pepet y yo, una, dos, tres, hasta cuatro horas antes.

Me acuerdo: aquella noche, 1938, enero, también había luna, de manera que todo se desarrollaría como de costumbre, por qué no, qué motivo podía existir para que las cosas fueran a ser distintas. El gato, empujado como nosotros por el hambre, rondaba ya alrededor de la añagaza, a veinte pasos de nosotros, los que nos separaban de ella, *atent, nano, no fagas bruit.* Al fin, se decidió a olfatear el cajón; insinuó un zarpazo, sin demasiada convicción todavía, en dirección a la morcilla que habíamos birlado, de mañana, como otras veces, en un puesto del Borne. Era completamente nuestra, propiedad privada, nos pertenecía y la compartiríamos al terminar la cacería, como siempre. No había cuidado, las uñas no lograrían alcanzarla, ya tomamos la habitual precaución de colocarla, a salvo de la garra del tigre, en el fondo de la trampa. Mió el morrongo por su fracaso, con la pata en el aire; luego, abatió el hocico; por espacio de unos segundos, permaneció con la mirada fija en el cebo y el cuerpo completamente inmóvil. La suspicacia se le concentraba ahora en el extremo de la cola, lo único vivo en apariencia que le quedaba, que repiqueteaba sobre un roblón. Por último, como estaba previsto, alzó el rabo y, con la piel erizada de cautelas, empezó a progresar, milímetro a milímetro, hacia el artilugio; penetró en su interior; al hacerlo derribó el palo; se le vino encima la caja y quedó atrapado, arañando la madera y mayando. En resumen, Pepet, lo acostumbrado: sin novedades dignas de mención.

Lo que seguía luego, resultaba más complicado: trasladar

la captura a un talego de que íbamos provistos; salir indemne de la operación, sin mordeduras ni arañazos; cruzar de regreso el tejado; descender por una bajante hasta la terraza contigua, que daba a una escalera, y, una vez en la calle, encaminarnos *a cá la Nineta,* un sórdido burdel del barrio chino, al que Pepet había concedido la exclusiva, en el suministro de gatos, proveedores de la real casa como decías tú. La dueña, la Nineta, de nombre Nuria, era una mujer pechugona, besucona y lírica. Llevaba un ojo de cristal e iba vestida siempre de kimono con pavorreales y bordados. Solía recibirnos, con mucho remilgo, en lo que ella denominaba el saloncito: una habitación empapelada en rosa sobado y amueblada con butacas a juego, de raso raído, y una consola donde había un florero y una estatuilla del *més petit de tots.* Allí debatíamos las transaciones. La Nineta, que pretendía disimular su mezquindad con arrumacos y grititos, alargaba la mano a cada instante, *qué macos son ells,* para sobarnos las mejillas, pero en cuanto se iniciaban los regateos, el ojo de verdad se le volvía desconfiado y rencoroso, encendido por la codicia. La escasez encarecía poco a poco las subsistencias y nosotros tratábamos de elevar paulatinamente los costos, en proporción equivalente. Nuria resistía como una leona, sin embargo, pues lo que ella consiguiese abonarnos de menos, se lo cargaría luego de más, a las pupilas, en la cuenta de la pensión. Y, encima, como carne de conejo; y a precio de mercado negro. Y eso que, según aseguraba la dueña, Pepet le atraía de manera especial, desde que se enteró de que no tenía familia, *pobret,* y dormía por los portales y las bocas del Metro.

Fue en la del de Lesseps, precisamente donde nos habíamos conocido, meses atrás. A él empezaba entonces a bullirle en la cabeza la idea del negocio, con el que pensaba redondear los ingresos que obtenía, como mandadero de prostíbulos y tabernas, en el barrio. Pero para las cacerías hacía falta un compañero y recurrió a mí. Yo, por aquéllos días, andaba siempre medio desfallecido, porque la cama no, pero la comida diaria se me había puesto difícil. Cuando terminé el Bachiller, en Valladolid, a primeros de julio del 36, determinó mi padre solemnizar el hecho, ya eres un hombre, tienes que ver mundo, enviándome a Barcelona, a pasar unas vacaciones, en casa de una antigua

criada que vivía en la *Travesera de dalt.* Pero sobrevino la guerra, se fundió el dinero que traía y, como yo no tenía derecho a cartilla de racionamiento, me borraron de la lista del rancho. Así que yo pasaba el tiempo en maquinar el modo de no morirme de hambre. Y supongo que Pepet, al cruzarse casualmente conmigo aquel día, se hizo cargo en seguida de mi problema; porque debo reconocerlo, Pepet, en cuanto a intuición y ojo clínico, eras un águila. Por serlo, es por lo que te camelaste a la Nineta como lo hiciste. Resultaba que Nuria se dejó en una ocasión olvidado el ojo de cristal sobre el mármol de la consola. Y Pepet, que traía un recado para una pupila y se había colado en la casa al ver la puerta abierta, arrambló con el vidrio, se lo echó al bolsillo y se quitó a toda prisa de en medio para dirigirse a los *Encantes,* a ver lo que daban por él. No dieron nada, de forma que retornó Pepet al burdel, pidió por la dueña, y le entregó el ojo, explicando que acababa de recogerlo, de un hoyo del umbral, donde debía haber llegado rodando. La Nineta, que había andado tuerta durante un par de horas, se emocionó mucho por el detalle; abrazó a Pepet; le besuqueó, y aunque no le ofreció dinero, le brindó su maternal, eterna y agradecida amistad. Y Pepet le tomó la palabra; entraron en tratos sobre el asunto, llegaron a un acuerdo y quedó convertido en abastecedor permanente de gatos, ya que, como él decía, con un comprador único, el riesgo de meterse en complicaciones con la Policía, quedaba reducido al mínimo.

Y tú ya te habías cargado el saco al hombro y yo echado a andar, delante de ti, en cuclillas para no caerme, por el plano inclinado de la cubierta, cuando, de algún piso de abajo, llegó una voz de locutor de radio: *Barcelonins, i ha perill de bombardeig, aneu als vostres refugis,* sofocada, en seguida, por el creciente ulular de las sirenas de alarma. ¿Qué podíamos hacer nosotros? *Res.* Permanecer en el tejado. Había demasiada distancia hasta el refugio, y, al fin y al cabo, ambos estábamos ya bastante curtidos en materia de bombardeos. De repente, el runrún de las hélices empezó a impregnarlo todo y los estampidos de los antiaéreos a sacudir el mundo y llenar de borrones el cielo. Fue en aquél instante, Pepet, cuando dijiste *vina, vina, des d'aquí es veu millor!,* porque querías que volviese sobre mis pasos, has-

ta donde tú te encontrabas, de pie en la limatesa. Lo recuerdo muy bien: aquella luna, maravillosamente cruel; las bocinas; los antiaéreos; los motores; las bombas, y tú dibujando en el aire, con un gesto, desde tu observatorio, *vina, vina!*, la trayectoria de la bengala que acababa de aparecer y descendía, brillante y amarilla como envuelta en papel de bombón. *Vina...!* Pero era mucho gesto el tuyo; quería abarcar demasiado; una curva, la que trazabas, con un radio excesivamente ambicioso como para intentarlo con un minino medio rabioso a cuestas. Entonces perdiste el equilibrio y yo te ví rodar por la pendiente, sin soltar el saco; caer al espacio y lanzar un alarido infinitamente largo. Como el maullido del morrongo: juntos los dos gritos en su viaje por el vacío, trenzado para siempre uno con otro. Y ahora no puedo, es que no puedo escuchar a los gatos de enero, Pepet; me espantan sus sollozos, me sobrecogen, me acobardan.